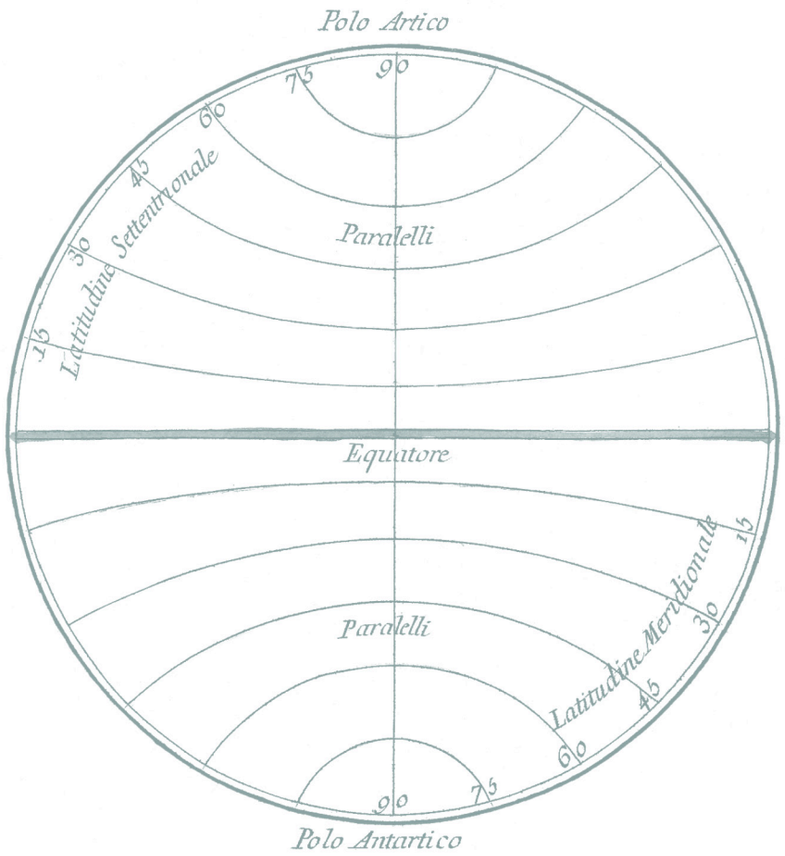

francos, el aire de la capital también se beneficia de la maniobra cuando los vientos soplan del oeste, ya que Thilafushi solo está a 6 kilómetros de Malé. Y la laguna tampoco se salva: cuando ya no se sabe dónde colocar el último cargamento, ¿por qué no depositarlo todo en los bajos fondos que bordean la isla? Esto permite a Thilafushi hacerse cada día más grande, mientras las montañas de basura prolongan ventajosamente arena y coral, y algunas sustancias peligrosas –metales pesados, baterías, productos químicos…–, contaminan, discreta pero firmemente, las aguas del lago. Sin olvidar, claro está, el espectáculo desolador de la «balsa» de detritos separándose a veces de la isla y partiendo a la deriva sobre las magníficas aguas turquesa.

Aunque el vertedero a cielo abierto constituye el absceso más visible de la infección, el problema concierne al conjunto del archipiélago. Tras impulsar la basura por todos los atolones, el tsunami del año 2004 aceleró la toma de conciencia y esto ha conducido a la creación de 80 centros de recogida selectiva. En la actualidad casi ninguno está operativo, por falta de personal y de leyes que expliquen claramente, tanto a los ciudadanos como a los empresarios, lo que tienen o no derecho a hacer…

Hay que decir que el país tiene otras muchas cosas en qué pensar: con un relieve que en el mejor de los casos alcanza los 3 metros sobre el nivel del mar, la selección de las basuras podría convertirse en un detalle completamente secundario cuando las aguas de los océanos hayan subido lo suficiente como para tragarse las montañas de residuos de Thilafushi.